

CASTRO:

Hasta el año 1948 la plaza estaba cubierta de hermosos ejemplares de **coigüe chilote**. Los frondosos árboles mezclados entre algunos **maitenes** fueron eliminados durante el período alcaldidío de Don René Tapia.

La discusión precedente fue ádua: unos (los radicales) deseaban mantener esta vegetación autóctona, como una muestra de autenticidad, y otros propendían a erradicar tal bosque por considerar que la plaza era sólo un "monte", sobre cuyas lozas crecían los musgos que hacían impracticable el paseo, por los muchos resbalones que se producían en Invierno y Otoño, y porque en Verano solían pernoctar en los árboles de la plaza no sólo tiqués y jotes, sino también guiravos o baudas y otros pájaros grandes, que sin respeto algu-

no por "los de abajo", solían ensuciar tanto a paseantes como a enamorados.

Primó lo práctico y alrededor de 100 árboles de **coigüe** fueron arrancados y vendidos a particulares. Sólo fueron respetados los pinos que aún existían. En su reemplazo fueron plantados unos tilos, traídos desde La Unión, modificándose el trazado de la plaza, que no respetó tampoco la presencia del antiguo quiosco que fue reemplazado por la concha de concreto armado que vemos hoy. El ímpetu modernista alcaldidío conservó, sin embargo, una hermosa pileta situada en el centro de la plaza, con una enredadera, caídas de agua y una fuente donde nadaban unos pecesitos rojos que eran la delicia de los niños en las soleadas mañanas



SU PLAZA

de Domingo, cuando las familias solían reunirse en amena charla en torno a la pileta. Pero esto duró poco, pues el alcalde siguiente, don Humberto Vera, terminó con ella, demoliéndola (1951) y erigiendo en su reemplazo un obelisco, que causó gran sorpresa a los castreños pues nadie entendió nunca la finalidad con que la modernidad intentó implantar un nuevo símbolo, que no logró reunir en torno a ella a nadie, como lo hacía la antigua pileta. Castro vio morir con ella una hermosa etapa de rica convivencia ciudadana.

Con la desaparición de estos edificios la plaza cambió su fisonomía y mucho más cuando se demolió el convento de los padres franciscanos que se extendía

desde un costado de la iglesia hasta la esquina de O'Higgins. Enorme casona de dos pisos con bellos ventanales a lo largo del segundo, era, no obstante, construcción pesada y simple. Allí se formaban los jóvenes chilotos que se decidían por los hábitos del seráfico San Francisco, y en los años cuarenta todavía se podía ver a los hermanos estudiando y dándole sentido a aquel venerable Colegio de "Propaganda Fide". La vieja construcción fue demolida para dar paso al moderno edificio de departamentos levantado en la presente década.

1935



El interior de la plaza de armas mostraba otro rostro. Ya en la década del 30 había sido despojada de muchos de sus bellos árboles, pero en los años 40 podía lucir una graciosa pileta —allí donde se cayó "Brujo" Vera por querer coger un resbaladizo pecesito rojo—, que era el disfrute de los pesantes. Junto a la pileta había un quiosco de madera, de bellas formas, escenario de discursos políticos, de las presentaciones dominicales de la banda después de la misa de 11 y de las fiestas de la primavera. Plaza grande y abierta. Se veía digna. Ocupa una manzana completa. No hay otra tan extensa en todo el sur, a excepción de la de Osorno. Parecía estar

esperando que la ciudad creciera pues su amplitud contrastaba con el tamaño que tenía el pueblo por esos años. Parecía yerma. Mejor se hubiera visto en el centro de Chile o en la Europa Mediterránea, donde los cielos despejados y azules invitan a la sociabilidad, al aire libre. En Castro, en cambio, la plaza estaba solitaria en invierno y sólo cobraba vida en la estación de verano en que adquiría toda su dimensión como plaza pública, o por circunstancias especiales en invierno, como en julio de 1945, cuando más de 2.000 personas la llenaron para expresar su júbilo por la caída de Berlín y la capitulación de Alemania.